

cristianos oyentes? Tenéis, pues, á María dispensadora de la gracia santificante, de las gracias actuales, de los hábitos sobrenaturales, del don sobre todo don de la perseverancia, de los grados de gloria, de la remisión parcial ó total de las penas en el purgatorio; en fin, de cuantos bienes espirituales descienden del Padre de las luces por los méritos infinitos de Cristo Jesús. Todo lo resumen admirablemente las siguientes palabras del patriarca de Constantinopla San Germán, las cuales, por ser de tanta gloria para María, no quiero dejar de citar para concluir: «Nadie se salva, sino por ti; nadie es libre de males, sino por ti; á nadie se concede alguna gracia, á nadie se alcanza la misericordia sino por ti, ¡oh purísima, oh santísima Criatura!» Hay más todavía. Los mismos dones naturales, subordinados, según el plan divino, á los sobrenaturales, quedan comprendidos en el inmenso círculo de la beneficencia de Nuestra Señora del Socorro. Tales son, para decirlo todo, la conservación de la vida y la salud, el concurso natural para la operación, la facultad de gozar de los mismos bienes de la naturaleza.

10. ¿Qué se deduce lógicamente de todo lo expuesto, carísimos hermanos, sino la necesidad de acudir á María en toda ocasión y en toda circunstancia de la vida, adversa ó próspera? Puesto que de ella lo hemos de recibir todo, por manifiesta disposición del Señor; ¿no será razón que vayamos á pedírselo todo henchidos de fe en su poder, y de esperanza en su bondad? ¡Oh! ¡con cuánto acierto ha procedido la Iglesia aclamando á María con la advocación del Socorro! Éste no se hará esperar de quien lo implora como debe. Será abundante, pronto y oportuno para sus devotos siervos. No cesemos, pues, amados fieles, de repetir la invo-

cación que la misma Iglesia trae siempre en la boca: «¡Santa María, socorre á los desgraciados! ¡Virgen bendita! ayuda á las almas débiles, enjuga las lágrimas de los que lloran, ruega por todo tu pueblo y, en particular, por el clero que promueve tu culto entre los fieles, y por las piadosas mujeres consagradas en los claustros al servicio de tu Hijo; experimenten tu favor cuantos celebran hoy y siempre tus sagradas festividades», á fin de que, socorridos por ti en la vida y en la muerte, vayamos todos á disfrutar en el cielo de la clara visión de Dios y de la vista de tu gloria incomparable. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DE MERCEDES

(predicado en San José [Costa Rica], septiembre de 1880).

María asociando á la Iglesia en la redención de cautivos.

Redemptionem misit Dominus populo suo.
Ps. 110, 9.

1. Cada vez que alguna de estas magníficas solemnidades que la Iglesia consagra al culto de la Virgen María, me convida á sondear con la grave reflexión el espíritu que las anima, y el vigor que las sostiene y rodea de interés para el pueblo cristiano, asaltan á mi pensamiento tan bellas armonías, relaciones tan estrechas y evidentes entre la misma Virgen y la Iglesia, esposa virginal de Cristo, que la explicación del misterio de esas festividades queda inmediatamente completa, y el

corazón y la mente, satisfechos á la vez, reposan en posesión de la verdad *anhelada*. Estas relaciones, tan armoniosas como el concierto de todas las obras de Dios, las considero el día de hoy simplemente como un hecho, no ya como una ley, pero hecho de perenne actualidad, no desmentido jamás en la ya dilatada vida de la Iglesia, hecho cuya síntesis puede formularse en estos términos: La Iglesia vive por María; María vive en el mundo por la Iglesia. Son dos vidas que marchan indisolublemente unidas y como identificadas, hacia el término de la inmortalidad: dos vidas sobrenaturales, tan encadenadas entre sí, que una misma fué su cuna, uno mismo su progreso, y uno mismo habría de ser el punto que marcara, si posible fuera, su extinción. Sus glorias son las mismas, bien que reflejando del corazón de Dios en el corazón de María primero, y desde allí en la frente de la Iglesia. Del mismo modo se refunden en uno sus dolores y sus penas. Si María llora al pie de la Cruz, la Iglesia, representada en Juan y Magdalena, recoge solícita sus lágrimas y las enjuga con el precioso lienzo de la compasión filial; si un día, y aun muchos días en esta vida secular de luchas y combates, se ve anublado y lloroso el rostro de la Iglesia, María está allí, al lado de la hija, sosteniéndola en sus brazos, mientras suena la hora de trocar las lágrimas en cánticos de triunfo.

2. El memorable acontecimiento que hoy celebramos con religioso entusiasmo, nos proporciona una prueba irrefragable de la verdad que vamos exponiendo. Día de gloria fué para la Iglesia aquel que recorrió los cerrojos de durísimas prisiones á millares de cristianos que gemían cautivos en las playas africanas; pero ¿fué

por ventura menos glorioso ese día para la augusta Madre de Dios, autora principal de aquel triunfo eternamente digno de memoria? Por eso, al rememorarlo nosotros, dichosos hijos de la Iglesia, é hijos también de María, tributaremos juntamente á María y á la Iglesia, á esas dos queridas madres corredentoras, el homenaje ardoroso de nuestra gratitud y admiración. Si me preguntáis ahora: ¿á cuál de las dos pertenece principalmente el honor de esta gloriosa jornada? sin vacilar os respondo apellidando á la Virgen, de acuerdo con la oración de este día, fundadora é iniciadora de esta grande obra: *Tanti operis institutricem*¹, conviniendo, no obstante, en que, después de María, es á la Iglesia católica á quien toda la gloria pertenece de derecho. Ved, pues, aquí mi pensamiento y el objeto de vuestra piadosa atención: en la festividad de las Mercedes, ó sea en la obra de la redención de cautivos, debemos ante todo glorificar á María, porque ella le dió el ser y la impulsó poderosamente por sí misma; como veréis en la primera parte del discurso. Justo es, empero, ensalzar á la Iglesia, porque ésta fué quien la prosiguió con empeño, y, contando siempre con el auxilio de María, supo llevarla á cabo generosamente, regocijando á la humanidad con sus brillantes resultados. Imploramos etc. *Ave María*.

I.

3. El celeberrimo acontecimiento cuyo recuerdo despierta hoy en nosotros cristiano entusiasmo, es del número de aquellos que la humana familia no debiera olvidar jamás, so pena de pasar por ingrata y aun in-

¹ In orat. festi B. M. V. de Mercede.

sensible á su propia dignidad. Y sin embargo ¡triste es decirlo! apenas hallaréis, cristianos oyentes, fuera de la Iglesia, quien lo recuerde siquiera para bendecir los nombres de aquellos héroes de la caridad que prestaron á la humanidad desvalida uno de los mayores servicios que se le hayan podido prestar en tiempo alguno, como fué el rescatar, no una vez solamente, sino en cien ocasiones, durante largos siglos, tropas innumerables de cautivos. Y ¡habrá quien diga, después de esto, que no es la Iglesia católica la fiel depositaria de las glorias tradicionales del linaje humano!

4. Pero cumple á nuestro propósito demostrar cómo esta grande empresa, de que la religión justamente se envanece, nació al calor de la devoción á María. Sí, María fué su autora, cuando, accediendo amorosa á las plegarias de sus hijos, bajó del cielo para desatar con sus propias manos las cadenas que los oprimían. ¡Ah, qué grande, qué divina me parece la Madre de los hombres, rompiendo los pesados hierros de pies y manos que arrastraban sus infortunados hijos! Tanto más grande ciertamente se ostentó María, cuanto mayor era el infortunio en que yacían los desventurados cautivos. Escuchad una vez más este patético relato, que, por muy sabido que sea de los fieles, nunca deja de conmover profundamente los corazones cristianos y excitarlos á depositar en María Santísima toda su esperanza. Érase un tiempo aciago para el mediodía de Europa: empezaba á correr el siglo XIII: cinco centurias hacía que un poder titánico, desencadenado al soplo de las iras del cielo, envolvía la mitad de la tierra en sombras y tormentas, semejante á los fieros huracanes que se desencadenan en los ardientes arenales del desierto. Sus olas devastadoras, irresistibles como las del mar

enfurecido, arrollaban delante de sí cuanto oponérseles osaba: campos cultivados, hombres armados de hierro, amuralladas ciudades. Y á los débiles á quienes perdonaba el alfanje ensangrentado, hacíalos víctimas, tal vez más desdichadas, de su rabia vencedora: al lado de los hombres maniatados marchaban también cautivas las mujeres, desfilaban tiernos niños, seguían el convoy fúnebre tropas de trémulos ancianos.... Y ¿adónde va toda esa turba de infelices? ¡Ay! ellos mismos no lo saben: al baño, á la mazmorra, quizás al tormento y á la muerte. ¡Pobres criaturas desarrapadas, macilentas, casi moribundas de inanición y de congoja! Ved cuál se alejan de sus nativos valles y montañas, diciendo adiós con calladas lágrimas y ahogados sollozos, más que con voces, al bello suelo de España, Francia é Italia que los vió nacer: allí dejan un hogar medio derruído, padres y hermanos, esposas ó hijos que, Dios sabe cómo, pudieron ocultarse á las codiciosas pesquisas del feroz pirata sarraceno. Arrancados así de su hogar y de su patria, van los cautivos á regar con llanto, sudores y sangre los ardientes arenales de la Libia: pero esos padres, esos hermanos unidos con los dobles lazos de la sangre y la fe, quedan gimiendo en la presencia del Dios que los castiga; y las plegarias de los libres vuelan á enlazarse con los suspiros de los aherrojados ante el trono de María, de aquella poderosa Señora á quien todos los cristianos llaman madre. ¡Ah! ¿cómo pudieran tantas lágrimas no enternecer las entrañas de Madre tan piadosa? Y, siendo ella tan poderosa en el cielo y en la tierra, que lo puede todo con su omnipotente valimiento ante Dios, ¿cómo no había de emplear ese inmenso poderío en el socorro de sus desventurados hijos? Aguardad, aguardad, pobres

esclavos: dejad que suene en los eternos decretos de la divina justicia la hora final de la expiación.... ¿Qué digo? Dejad que la misericordia se adelante á la justicia, ablandada por los ruegos de la piadosa madre; y veréis á María, acortado el plazo de la pena, aprestarse á llevar la redención á su pueblo. *Redemptionem misit populo suo....*¹

5. Así se lo promete la Iglesia entera, que mira en María el consuelo universal de afligidos²: así lo espera por todos un hombre de carácter extraordinario, aunque humilde y desconocido en los grandes círculos del mundo. Es un generoso caballero francés, hijo de Carcasona, llamado Pedro Nolasco, quien, después de agotar con desprendimiento evangélico su pingüe patrimonio en rescatar cautivos, ruega y suplica á la Reina de los cielos se digne realizar por sí misma una empresa superior á toda fuerza humana. ¡Oh maravillosas trazas de la Providencia! No adivina el caritativo Nolasco que él es precisamente el instrumento de que ha querido servirse María para dar cima á sus vastos planes de misericordia. En efecto, el héroe cristiano que, huyendo de la herejía que contamina su hermosa patria, ha venido al monte de la Virgen á consagrarse todo á la piedad y á la limosna, es el hombre escogido por María, formado por su mano, tal como ella lo quiere y necesita para ser digno instrumento de la Obra redentora. Sí, católicos: María le ha conducido á su tierra predilecta, á las faldas del empinado Monserrate, y allí le ha alimentado con la leche de sus gracias, le ha infundido con su propio aliento ese fuego de caridad en que se abraza el pecho del caballero de Cristo:

¹ Ps. 110, 9.

² Consolatrix afflictorum, in Lit. lauret.

ante su altar ha concebido y formulado Nolasco el voto heroico y sublime de sacrificarse todo, sin reserva de la libertad y aun de la vida, á la vida y libertad de sus hermanos. ¿Quién, pues, sino María le ha enseñado la ciencia sobrenatural, que á los ojos de la mezquina razón parece exceso imprudente de bondad, la ciencia del sacrificio ilimitado, de la total abnegación de sí mismo, la ciencia que enseña al hombre á dar la vida por sus hermanos: *pro fratribus animas ponere*¹? Mas ¿quién pudiera ser mejor maestro de Nolasco en esta escuela, que la Madre del amor hermoso, del amor humanado?²

6. Tenemos, pues, al héroe de esta gran campaña, al nuevo libertador del pueblo santo; pero él no sabe todavía la dirección que ha de tomar la empresa, porque aún no conoce en toda su extensión los designios de la Reina que le inspira y le dirige. Ella no tardará en descubrirselos; y, á fin de que su intervención sea palpable, y el mundo vea y sepa cuál es el brazo fuerte y extendido³, que ha de sacar á un gran pueblo de su cautiverio, María descenderá en persona, y en una noche eternamente brillante en los fastos de la historia, se dignará conversar cara á cara con su siervo también transfigurado por el éxtasis, le revelará sus planes y le trazará claramente el derrotero para llevarlos á término. Tal fué la memorable revelación del 1º de agosto del año de gracia de 1218, acaecida en Barcelona. Y ¿qué? ¿tenéis dificultad en admitirla? ¿Os refiero un hecho histórico ó una piadosa leyenda? ¿desconfiaríais de la verdad y aun de la verosimilitud de esta parte de la narración? Pues recordad, y esto baste para afianzar

¹ 1 Io. 3, 16.

² Eccli. 24, 24.

³ Ex. 13, 9.

vuestra creencia, recordad, digo, las obras sobrenaturales con que el Señor sacó de Egipto á su pueblo predilecto: traed á la memoria las grandes figuras históricas de Moisés, Josué, Sansón, Gedeón y tantas otras; y decid si es ó no verosímil que Dios haya empleado semejantes medios para salvar de la esclavitud del Islam al verdadero pueblo de predilección, al pueblo cristiano. Reflexionad después de todo, que las grandes obras, aquellas que revelan á la inteligencia la grandeza de Dios, piden también medios grandes y extraordinarios, medios sellados, digámoslo así, con la marca de la intervención directa de Dios mismo, con el sello evidente de lo sobrenatural. Mas reanudemos el hilo del discurso.

7. ¡Qué dificultades no van á salir al encuentro del caballero de María para contrarrestar su obra, la obra de Dios! Nada temáis: ella, la celestial conductora de Nolasco, la estrella que le guía á su destino, le ha preparado ya el terreno, dándole por auxiliares á dos hombres que lo podrán todo, porque María los ha armado de poder escogiéndolos también para auxiliares: un sabio y un monarca, Raimundo de Peñafort y Jaime, rey de Aragón. Aquí podría objetar contra lo sobrenatural de la obra la prudencia humana: ¿Qué podrá dificultarse al concurso de esa trinidad de fuerzas, la ciencia, la virtud y la grandeza? Juzgada, empero, la magna empresa de que hablamos á la luz verdadera de la historia, nada tiene de común con las obras más famosas de los hombres, siquiera sean héroes ó sabios, guerreros ó políticos. Al asociar, pues, á Jaime y á Raimundo á la empresa redentora, confiada á la caridad de Pedro, no debéis figuraros que vaya María á mendigar el poder de las armas de un célebre conquistador

ó el talento diplomático de un consumado jurisconsulto: las cortes de Roma y Aragón nada tendrán que hacer aquí como potencias humanas; pero todo lo podrán en calidad de instrumentos de poder más alto, del brazo omnipotente de la Virgen de las Mercedes¹. He aquí, pues, á María iniciando, dando vida á la obra colosal que ha de tener por inmediato resultado la libertad del pueblo santo. Los progresos de la obra corresponden desde luego á lo extraordinario del principio; y uno y otros se ven coronados con el éxito más lisonjero. Millares de cautivos regresan al seno de la patria, bendiciendo con cánticos de inefable júbilo la mano de su celestial Libertadora, y exclamando con Zacarías: *Benedictus Dominus... quia fecit redemptionem plebi suæ*². Los días de la tribulación han pasado para ellos; y, al recordarlos con sereno llanto, miden la magnitud del beneficio por la inmensidad del infortunio. Jamás la libertad es tan dulce como cuando se recupera, después que se creyó perdida para siempre. La vida, la salud, el bienestar, la patria, los bienes todos adquieren doble precio, cuando son el desenlace inesperado de un drama de muerte ó cautiverio...

8. Tal es en bosquejo esta tierna historia, en que María con el título de Señora de las Mercedes aparece en primer término, tal como debía esperarse de su carácter, de sus títulos, de su misión providencial: largo asunto para un breve discurso, y que yo no podré sino bosquejar. Tratábase de una obra redentora, de conquistar la libertad de un pueblo que la había perdido luchando heroicamente por la fe de Cristo; y María

¹ Fecit potentiam in brachio suo (Luc. I, 51).

² Luc. I, 68.